

CRISTINA PRADA

MI MUNDO  
SE LLENÓ  
CON EL SONIDO  
DE TU VOZ



**Cristina Prada**

Mi mundo se llenó  
con el sonido de tu voz

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.  
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: © Tiaré Pearl  
Ilustración de la cubierta: Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2019

Depósito legal: B. 16.263-2019  
ISBN: 978-84-08-21466-3  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# 1

## Gracie

—Deberías tratar de hablar con tu padrastro otra vez.

—Ya lo he intentado —respondo mientras arranco, nerviosa, la etiqueta de mi botellín de cerveza vacío.

Desde el otro lado de la desvencijada mesa de madera de nuestro bar favorito de todo Nueva York, el Morning Star, mi única y mejor amiga Ophelia me dedica una mirada llena de compasión, que de inmediato cambia por una llena de ánimo, incluso con un poco de entusiasmo. Nosotras somos así. No nos rendimos nunca.

—Gracie Turner —me llama, dando una palmada e irguiéndose en el sillón de cuero rojo. Suena una vieja canción que no reconozco, pero ahora mismo me siento como si lo hiciera *Eye of the Tiger*. Voy a encontrar una solución. Lo sé—, hay que trazar un plan. Exactamente, ¿qué necesitas y con cuánto tiempo contamos?

Las dos tenemos ese toque de optimismo loco que, siendo sinceras, y supongo que también justas, nos mete en más problemas de los que nos gustaría admitir.

—En tres semanas tengo que conseguir dinero suficiente, un trabajo y estar casada. —Enumero cada objetivo como si no fuese capaz de ver lo absurdamente complicado que será lograrlos. Sin embargo, he dicho que iba a encontrar una solución y lo mantengo. No puedo plantearme siquiera pensar en la posibilidad de no hacerlo.

En ese preciso instante, Ted, el novio de Ophelia y mi único y mejor amigo, se sienta a su lado con tres cervezas heladas entre las manos.

—¿Quién quiere estar casada? —demanda, confuso.

—No quiere, tiene —especifica su novia.

—¿Tan mal ha ido? —inquiere de nuevo, tendiéndome una de las Budweiser.

El desaliento amenaza con aparecer, pero me obligo a seguir escuchando la canción de *Rocky* en mi cabeza. Voy a dar con una solución. Estoy segura.

—Creo que lo más complicado es lo del dinero —comenta Ophelia.

—En realidad, no —replico—. En cuanto encuentre un trabajo, doblaré turnos, haré horas extras, lo que sea, o tendré dos trabajos y doblaré turno en los dos.

—¿Y por qué no tres? —bufa Ted—. ¿Te estás oyendo, Gracie? Tienes veintitrés años y no has acabado la universidad. Deberías centrarte en eso y así poder optar a un trabajo mejor. Cuando estés licenciada, serás una experta increíble en literatura y no te costará hacerte con un buen curro. Habla con Louis.

Niego suavemente con la cabeza.

—Louis no quiere oír una palabra más sobre el tema. Ya ha tomado una decisión.

Ted me mira y tuerce el gesto. Ophelia y él conocen a mi padrastro, el todopoderoso Louis Cochrane, tan bien como yo y saben que no dará su brazo a torcer. No es una mala persona y sé que me quiere tanto como yo a él, pero es un hombre muy firme. Si toma una decisión, es inamovible.

—Te juro que no lo entiendo —se queja mi mejor amiga—. No entiendo por qué tu padrastro te pone en esta situación.

—Técnicamente, no ha sido él —replica Ted—, han sido los Servicios Sociales.

Ahora la que tuerce el gesto soy yo. Mentiría si dijera que me sorprendió cuando vi a su chófer esperándome en la salida oeste del campus hace dos semanas, pero lo cierto es que tenía la esperanza de que, de alguna manera, Louis me ayudara, aunque sólo fuese un poco, en vez de tirarme directamente a los leones.

—Será mejor que nos centremos en todo lo que debo conseguir —vuelvo a reconducirnos al tema que nos ocupa—. Si me hago con un trabajo, tendré dinero; dos de tres. Luego sólo necesitaré estar casada.

Ophelia enarca las cejas y me mira conteniendo una carcajada.

—Lo has dicho como si sólo tuvieras que ir a Macy's y subir a la planta de maridos —se burla.

La fulmino con la mirada, pero unos segundos después no puedo más y acabo sonriendo. Tiene razón, pero en mi defensa diré que ha sido otra vez culpa de mi optimismo.

—Eso es lo que más me llama la atención de todo —apunta Ted—. Puedo entender lo del trabajo y la pasta, pero eso de que te cases... ¿Por qué te ha impuesto esa condición?

—Louis cree firmemente que no sé cuidar de mí misma y supongo que piensa que necesito a alguien que lo haga.

Desde que nos conocimos, mi padrastro ha dado por hecho que no sé enfrentarme al mundo, y la verdad es que puede que tenga razón. Nunca he trabajado, y he perdido un año de universidad porque me resulta demasiado complicado tratar con otras personas que no sean Ophelia, Ted o el propio Louis. La gente más amable diría que sólo soy demasiado tímida; la otra, que soy incapaz de desenvolverme. Yo lo único que tengo claro es que no puedo evitarlo.

—No puedo casarme con un amigo —les hago ver—; sería sospechoso y se acabaría descubriendo que es mentira.

—Además, yo soy tu único amigo —apostilla, socarrón, Ted. Frunzo los labios de nuevo. En eso también tiene razón.

—Podría poner un anuncio o algo parecido —continúo—. Tal vez dé con alguien que necesite la tarjeta de residencia o algo así. Los matrimonios de conveniencia están a la orden del día —trato de justificarme—. Además, no será para siempre. Sólo necesito tener marido unos meses. Cuando todo se solucione, me divorciaré. —De pronto me hago consciente de cada una de mis palabras y resoplo. Va a salir bien. Va a salir bien—. Va a salir bien —repito, esta vez en voz alta.

No puedo permitirme flaquear.

—Si lo tienes tan claro... —empieza a decir Ted, pero, antes de acabar la frase, guarda un sepulcral silencio.

Ophelia y yo lo observamos, impacientes.

—¿Qué? —lo apremiamos al unísono.

—Que vas a darle el «sí, quiero» a un completo desconocido —responde—. ¿No te inquieta... aunque sea un poco?

Ted y yo nos conocemos desde que, hace un año y siete meses aproximadamente, empezó a salir con Ophelia después de chocarse con ella en la cafetería de la facultad de medicina de la Universidad de Columbia y pretender obligarla a cenar con él para compensarla por semejante accidente. Mi amiga, alucinada porque él fuera tan engreído, y encantada precisamente por ese detalle, se presentó a la cita con un sándwich de la cafetería, que prácticamente le tiró a la cara. Como respuesta, Ted tomó su rostro entre sus manos y la besó con fuerza hasta que, como él mismo cuenta a cualquiera dispuesto a escucharlo, a Ophelia le temblaron las rodillas, dejando cristalinamente claro que ya se había enamorado de él. Siempre sonrío cuando oigo esa historia.

Desde ese momento, Ted me ha tratado como a su hermanita pequeña, y por eso entiendo perfectamente que esté preocupado.

Alzo la mirada, pero, veloz, la aparto.

—Supongo que sí —me sincero.

Otra vez no puedo evitar pensar que la gente no se me da demasiado bien. *Timidez, nerviosismo...* Odio tener que cargar con esas palabras.

Ophelia desliza una mano por la raída madera de la mesa y acaba agarrando la mía.

—Va a salir bien —sentencia sin asomo de dudas—, y si ese guapísimo, porque será guapísimo —aclara, provocando que sonría, aunque es lo último que quiero ahora mismo—, futuro marido de pega tuyo no se porta como un auténtico caballero, se las verá conmigo.

Ted sonrío y asiente, apuntándose al carro de las amenazas. Automáticamente mi sonrisa se ensancha. No sé qué haría sin ellos. Son los mejores.

Esa noche, a oscuras en mi diminuto apartamento en

Chinatown, me duermo meditando todo lo que hemos hablado, especialmente las palabras de Ted. Voy a tener que casarme con un desconocido, pasar algo de tiempo con él si quiero que la farsa funcione. Resoplo y, a pesar de ser casi verano, me tapo hasta el nacimiento del pelo con mi suave colcha de Ikea.

Va a ser mucho más que complicado.

El resto de la semana lo paso buscando trabajo, recorriendo cafeterías, hoteles y locales de comida rápida. Soy optimista, mucho, pero el jueves por la tarde, después de salir del enésimo McDonald's, he de decir que me cuesta serlo un poco más de lo habitual. Parece que nadie está dispuesto a contratar a una universitaria, que repite último año, con cero experiencia laboral y sin disponibilidad total. Maldita sea, había dado por hecho que ésta sería la parte fácil.

El viernes por la mañana cojo el metro en dirección a la oficina de mi padrastro sintiéndome una absoluta fracasada. La verdad es que me he visto a mí misma muchas veces así y muchas también me he refugiado precisamente aquí.

En la acera de Park Avenue, observo el gigantesco edificio de oficinas y trago saliva.

—Es sólo un cambio de estrategia —intento autoconvencerme en un susurro.

Sólo tengo que pedirle otro trato, reescribir las cláusulas. Louis es un hombre de negocios. Lo entenderá. La positividad regresa como un ciclón.

Devuelvo la vista al frente y dos ejecutivos que salen en ese preciso momento me miran como si estuviese loca. Genial. Justo lo que necesitaba para ganar confianza.

Doy el primer paso hacia la puerta giratoria automática cuando mi móvil comienza a sonar, frenándome en seco. Saco el teléfono de mi pequeño bolso cruzado y frunzo el ceño al ver la pantalla. Es Ted. Qué extraño. A estas horas debe de estar en el hospital, enlazando una guardia de veinticuatro horas con otra de treinta seis. Quien inventó el programa de residentes del Hospital Universitario Presbiteriano de Nueva York seguro



que estudió antes, muy detenidamente, los sistemas de esclavitud de los pueblos egipcios.

—Hola —lo saludo, accediendo por fin a la puerta.

—Gracie, deja todo lo que estés haciendo —me ordena, cantarín— y ven ahora mismo al hospital.

Sonrí de oreja a oreja. Tienen que ser buenas noticias.

—¿Un trabajo?

—Mejor —responde, y sé que él también está sonriendo.

Me doy media vuelta, tratando de salir de nuevo a la calle, pero un mensajero y su bici me lo impiden. No pasa nada. Me vuelvo e, impaciente, empujo el cristal con las palmas de las manos, intentando mover la puerta más rápido, y otra vez un ejecutivo me mira como si estuviese chiflada.

—¿Te ha tocado el superbote de la lotería y vas a darme la mitad? —inquiero, con la voz trabajosa, a la vez que sigo en el inútil esfuerzo de acelerar la puerta. El ejecutivo finge no verme.

—Si me hubiese tocado el superbote de la lotería, ya estaría en Fiji... aunque te habría enviado una postal.

Le hago un mohín, aunque soy consciente de que no puede verme; no estoy tan chalada.

La infernal puerta sigue girando y, al fin, llego a recepción. Quiero salir tan deprisa que no calculo bien, acabo dando un traspie y choco con el ejecutivo, que pone los ojos en blanco camino de los ascensores. Noto cómo las mejillas se me encienden con un rojo brillante y me aparto rápidamente. Sé que tengo que volver a la puerta giratoria para salir a la calle, pero, al hacerlo, me doy de bruces con el repartidor, primero, y con su bici, después. Me disculpo, pero él sólo resopla. Creo que tiene demasiada prisa por mirarme mal. ¿Veis? No mentí cuando dije que la gente no se me da demasiado bien.

—¿Vas a darme alguna pista? —le pregunto a Ted.

—Creo que no —responde, disfrutando de toda la curiosidad que él mismo está generando.

Un puñado de segundos después, ¡por fin!, consigo poner mis pies de vuelta en Park Avenue.

—Habla de una vez —protesto, sonriendo de nuevo. No puedo evitar hacerlo. Sé que será algo bueno—. ¿Qué pasa?

—Sé con quién puedes casarte y... —continúa, haciendo una ceremoniosa pausa— también tendrías trabajo.

—¡¿Qué?! —grito, feliz.

Si es un amigo suyo, ya no es un completo desconocido. Además, estoy segura de que, como mínimo, será educado y buena persona. Ted no permitiría que acabara con un pirado declarado.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que serían buenas noticias!

—Es un amigo de la universidad. Hoy me he encontrado con él por casualidad... Ven —me apresura—. Tengo treinta minutos para el almuerzo. Te espero en la entrada de urgencias en diez.

Asiento, mostrando una sonrisa radiante.

—Sí —me reafirmo al percatarme de que él no puede verme.

Cuelgo, doy unas palmaditas y corro hasta la parada de metro de la 32. ¡Adoro a Ted Hanson!

No tardo en ver a mi amigo en la puerta del hospital con un pijama de quirófano azul claro y una bata blanca, apoyado en la pared, concentradísimo en la BlackBerry que tiene en una mano mientras se come unas Lay's directamente del paquete que tiene en la otra.

—Hola —lo saludo con una sonrisa enorme. No he podido borrarla de mi cara desde que hemos hablado por teléfono.

Él alza la cabeza y me devuelve el gesto a la vez que se separa de la pared.

—¿A que soy el mejor amigo del mundo?

—Tu amigo, con el que voy a casarme, ¿es Landon Harris? —le pregunto, burlona, apuntándolo con el índice.

Tendríais que conocer a Landon Harris; se apuntó a una especie de grupo de autoayuda fundado por un tal Dylan McFee, que defiende una cosa llamada *omnisexualidad*.

—Lo pensé, pero lo descarté —contesta, divertido.

—Entonces, sí, eres el mejor amigo del mundo.

Los dos sonreímos de nuevo y Ted me hace un ademán con la cabeza para que lo siga al interior del hospital.

—Sólo por puntualizar: que Landon Harris tuviera gonorrea dos veces el año pasado, fue una casualidad —bromea—. Al margen de eso, es un partidazo, lo que pasa es que no te lo mereces.

Abro la boca fingidamente escandalizada y le doy un codazo en el costado como respuesta. Sólo consigo que su sonrisa se ensanche y me pase el brazo por encima del hombro.

—Te voy a seguir queriendo, aunque seas una mujer casada.

—Y yo a ti, pero nuestro amor es imposible —contesto, encogiéndome de hombros—. Sólo puedo pensar en Landon Harris.

—Genial. Yo también lo quiero. Nos haremos mormones, nos casaremos y nos iremos todos a Utah.

Quiero responder a eso y alargar la gansada, pero sencillamente no sé qué demonios decir y acabamos estallando en risas; así llegamos a los ascensores.

—Como te he dicho antes, es un amigo de la universidad —me explica mientras nos encaminamos a la cafetería—. Estudiamos juntos en Columbia, pero él se especializó en ingeniería aeronáutica.

¿Ingeniería aeronáutica? Guau. Es una de esas carreras que, sólo con saber deletrear su nombre, ya pareces un poco más inteligente.

Ted saluda a dos médicos con los que nos cruzamos y extiende la mano para indicarme que giremos a la derecha.

—Recibió una beca muy importante para el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el MIT —continúa—, y le perdí la pista. Pero hoy, por casualidad, me lo he encontrado en mitad de la 44 Este.

Los audífonos me fallan y de pronto todo se queda en el más absoluto silencio. Al ver que no sigo la conversación, Ted se detiene y me aparta el pelo para mirar con detenimiento uno de los aparatos. Odio cuando eso sucede. Lo odio con todas mis fuerzas. Tengo una pérdida de audición cercana al noventa y ocho por ciento en un oído y al noventa y siete en el otro, así que, cuando los aparatos dejan de funcionar, el mundo a mi alrededor se desvanece, aislándome, y esa sensación da demasiado miedo.

Gracias a Dios, un par de segundos después, cada sonido vuelve y dejo escapar el aire de mis pulmones, que había contenido sin darme cuenta.

—¿Con cuánta frecuencia te fallan los audífonos? —inquire, revisándolos todavía.

—Más a menudo desde hace un par de semanas.

—Deberías comprarte unos nuevos —me regaña, dejando caer el pelo sobre mi oreja. Siempre lo llevo suelto. No me gusta que todos se percaten de que soy una chica averiada—. Habla con tu padastro.

—Ahora no es el mejor momento.

Ted pretende decir algo, con seguridad, bastante sensato, como que no puedo ir por ahí con dos audífonos que fallan cada dos por tres, pero acaba guardando silencio. Sabe tan bien como yo que ahora no puedo presentarme delante de Louis y explicarle que tengo un nuevo problema que no soy capaz de solventar. Ha dado por hecho que soy un desastre incapaz de cuidar de mí misma, así que, contarle lo de los audífonos y que no puedo arreglarlos, sería como darle la razón.

—Y, tu amigo, ¿por qué quiere casarse? —planteo, para reconducirnos al tema que nos ocupa—. Quiero decir, ¿cómo surgió el tema? —De golpe caigo en la cuenta de algo—. ¿Se lo has contado? —demando, alarmada—. Dime que no le has contado por qué necesito un marido.

—No te preocupes —responde sin asomo de dudas, y suspiro aliviada—. Los matrimonios de conveniencia son siempre mi conversación preferida cuando me encuentro con un colega de la facultad al que hace años que no veo: ¿qué tal va todo?, ¿sigues siendo fan de los Mets?, ¿necesitas urgentemente casarte con una chica? —Ted enarca las cejas, socarrón, conteniendo una sonrisa—. Claro que se lo he contado, Gracie —añade como si fuera obvio, y yo quiero que la tierra me trague—. Bueno, sólo una parte —rectifica—. Le he dicho que tenías que hacerlo por un problema familiar y que, además, necesitabas un trabajo. No le he explicado más, ni tampoco le he comentado nada acerca del dinero.

—¿Por qué se lo has soltado? —me quejo en un gimoteo. Le agradezco todo lo que está haciendo por mí, muchísimo, pero podría haber sido un poco más discreto.

Ted se lleva las manos a las caderas y resopla. Saluda a alguien a mi espalda y yo miro hacia atrás por inercia. Un médico mayor, con el pelo canoso, se aleja camino de la zona de consultas.

—¿Tú por qué crees? —se burla, armándose de paciencia—. Es lo primero que tú me has preguntado sobre él. Es lógico que él hiciera lo mismo.

Frunzo los labios. Tiene razón. Ted ladea la cabeza y hace una mueca, imitándome para hacerme sonreír.

—Aún no me has contestado —le hago ver.

Su gesto se ensancha.

—Trabaja en una empresa de aeronáutica muy importante —me explica—. El dueño quiere que la dirija, pero es muy anticuado y no le pasará el testigo hasta que se case. Cree que debe sentar la cabeza para estabilizar su vida personal y, entonces, poder ponerse al frente de la compañía.

Asiento. No lo comparto, pero entiendo esa forma de pensar. Hace un par de días oí, en un documental de Discovery Channel, que se seguía asociando estabilidad con matrimonio, como si ese viejo dicho de «si alguien lo aguanta, no será tan malo» tuviese un valor científico.

—Y no sé qué más contarte —comenta, alzando la mirada y tratando de recordar al tiempo que echamos a andar de nuevo—. Tiene treinta y dos años, le gusta el fútbol y es uno de los tíos más inteligentes que he conocido... —Guarda silencio, cayendo en la cuenta de algo—. Supongo que tú misma podrás preguntarle lo que quieras.

Asiento de nuevo. Me parece bien eso de quedar los tres y conocerlo en persona antes de tomar una decisión. Cuando llegue a casa, prepararé una lista de cuestiones que necesito averiguar. Además, me vendrá bien un poco de tiempo para mentalizarme.

—¿Cuándo lo conoceré?

—Ahora.

—¿Qué?

¡¿Qué?!

Las palabras de Ted me detienen en seco a las puertas de la cafetería. ¿Está aquí? ¿En serio? De repente la idea de casarme

con un desconocido, porque por muy amigo de mi amigo que sea no lo es mío, ¡es un maldito desconocido!, pasa de ser algo abstracto a ser real, completamente real, muy muy real, demasiado real. Trago saliva y un sudor frío me recorre la nunca. Optimismo loco, no me abandones.

—No te pongas nerviosa, Gracie —me consuela Ted, cogiéndome por los hombros e inclinándose hasta que sus ojos están a la misma altura que los míos.

—No estoy nerviosa —miento en un murmullo.

Ted me observa, burlón, una vez más. Está claro que no he sido muy creíble.

—Gracie, no voy a mentirte diciéndote que nos será fácil encontrar otra solución, pero, si no quieres hacerlo, no lo hagas.

Le mantengo la mirada. No quiero hacerlo, mejor dicho, no quiero tener que hacerlo, ésa es la verdad, pero no es menos cierto que no tengo alternativa. Llevo una semana buscando un trabajo, el que sea, y, en una de las ciudades con más bares, tiendas y hoteles del planeta, no he encontrado absolutamente nada. Este matrimonio viene con un empleo, eso son dos de tres, y muy pronto habré doblado tantos turnos que conseguiré el dinero suficiente como para que sean tres de tres. No puedo rechazarlo.

Tomo aire otra vez.

—No estoy nerviosa —repito, y lo pronuncio más convencida.

Ted se endereza y suelta mis hombros.

—Sigue sonando como una bochornosa mentira, pero nos conformaremos con eso.

De inmediato, sonrío para infundirme valor y me obligo a hacer lo mismo.

En cuanto atravesamos el umbral y ponemos un pie en la cantina, los nervios burbujeándome en la boca del estómago hacen que mi paso se ralentice y, sin quererlo, poco a poco, voy quedándome rezagada. Ted saluda a varias personas, otros doctores y demás personal sanitario, y, cada vez que lo hace, el corazón me da un vuelco pensando que puede ser... Aprieto los labios. Ni siquiera sé su nombre.

Se detiene junto a una mesa al lado de los enormes ventanales que llenan la blanca y aséptica estancia de luz. Tiene que ser él. Me fuerzo a quitar la mirada de Ted e, infundiéndome de nuevo valor, la muevo despacio. Sin embargo, antes de poder ver a su amigo, la aparto, inquieta, y barro con la vista el local. Por Dios, si ni siquiera me atrevo a mirarlo, ¿cómo voy a casarme con él?

«Eres idiota», me fustigo mentalmente. ¡No es tan difícil! Cuadro los hombros, suspiro y, al fin, consigo centrar la mirada en él. Está de pie, junto a Ted. Es alto y delgado, pero es obvio, por los brazos que descubre su camisa remangada, que tiene un cuerpo fibrado y duro. Lleva el pelo, castaño, alborotado, como si no le hubiese interesado peinarse esta mañana, y en su rostro se pueden adivinar unos armónicos rasgos marcados. Supongo que podría decirse que es guapo, pero eso es lo que menos me interesa ahora mismo. Ni siquiera estoy lo suficientemente cerca, pero ya desde esta distancia me doy cuenta de que es un hombre frío, uno de esos a los que les cuesta trabajo sonreír. Los nervios, que nunca se han ido, despiertan de nuevo en la boca de mi estómago. Automáticamente, me muerdo el labio inferior. Por favor, que esté equivocada y sea el hombre más amigable del mundo.

Él se gira, cogiéndome por sorpresa, y su mirada atrapa la mía. Tiene los ojos verdes, oscuros y brillantes al mismo tiempo, como si el acero, de pronto, pudiese ser de ese color. No sonrío. No me saluda. No hace el más mínimo gesto para hacerme sentir cómoda y aparta la mirada, volviéndola a fijar en su amigo.

«Definitivamente no te has equivocado, Gracie.»

—Acércate —me pide Ted.

Asiento y tardo un segundo de más en moverme. Me llevo las manos a las orejas y me aseguro de que mi pelo, rubio, ondulado y, con toda probabilidad, despeinado, las tapa por completo. Siempre ha sido un gesto reflejo y algo que hago con muchísima asiduidad.

—Hola —murmuro al llegar hasta ellos.

Él no dice nada, sólo me observa... y toda esa frialdad vuelve, como si una especie de abismo inmenso nos separara. Me

pregunto si todas las personas a su alrededor se sentirán así con él.

Ted da una festiva palmada, sacándome otra vez de mi ensañación.

—Gracie, él es Conrad Sullivan. Conrad, ella es Grace Turner. Os dejo solos para que os conozcáis.

Tan pronto como pronuncia esas palabras, da un paso atrás, alejándose de nosotros. Lo miro con cara de susto. Él sonrío y mueve las dos manos, en ese gesto de mover los dedos como si fueran comecocos.

—Siéntate.

Esa simple palabra me hace volverme hacia Conrad. Tiene una voz ronca y muy masculina.

Me acomodo en una de las sillas alrededor de la mesa y él lo hace frente a mí. Durante unos segundos, que se me hacen eternos, ninguno de los dos dice nada. No sé por qué, su mirada es diferente a cualquier otra..., más dura, más impenetrable, más verde, y me resulta intimidante; frío e intimidante. Aparto la vista, nerviosa, y la paseo a mi alrededor para acabar clavándola en mis propias manos. Me doy cuenta de las ganas que tengo de tomarme un café, sólo para tener algo entre ellas.

—Viviremos en Carolina del Norte.

La noticia me pilla por sorpresa y vuelvo a centrar toda mi atención en él.

—Pensaba que nos quedaríamos en Nueva York.

Adoro esta ciudad. Ted, Ophelia y Louis están aquí. Son las únicas personas en las que confío.

—El parque aeronáutico en el que trabajo está allí —aclara, adusto.

Lo pienso. Asiento. No tengo otra opción.

—Ted me ha dicho que también buscas un empleo. Podrás trabajar en el parque.

—Gracias.

—El matrimonio durará tres meses. No creo que ninguno de los dos necesite más.

Tres meses... ahora mismo suenan a cadena perpetua.

—Me parece bien —me obligo a decir y asimilar.

Nunca me ha gustado hablar mucho con personas con las



que no tengo confianza, no me siento cómoda, pero estas circunstancias son increíblemente... especiales, así que más me vale espabilar y tratar de conocerlo un poco mejor antes de saber si este descabellado plan puede o no seguir adelante.

—Ya sé que Ted te ha explicado por qué necesito hacer todo esto —comento, tímida—, pero, quizá, hay algo más que quieras saber.

Conrad me observa y tengo la sensación de que está estudiándome.

—No —replica—, no quiero saber nada más.

Lo miro sin saber muy bien cómo continuar. No me esperaba que tuviese un millón de preguntas, pero, al menos, sí que mostrara un poco más de interés. ¿No le importa lo más mínimo la persona con la que va a casarse?

—La verdad es que a mí sí me gustaría conocer algo más sobre ti.

Me mantiene la mirada sin un mísero titubeo y vuelvo a sentirme intimidada. Es como un animal que no rinde cuentas a nadie.

En ese preciso instante, los audífonos me fallan y todo se queda en el más absoluto silencio. Trago saliva e intento no ponerme nerviosa. Bajo la vista y la centro en su boca. La técnica de siempre: respirar, leer los labios y no hablar.

—¿Qué quieres saber? —me plantea.

Tengo muchas preguntas, pero no me atrevo a pronunciar ninguna. No puedo hablar; no, si no me oigo para regular el volumen. Espero, pero todo sigue callado y no me queda otra que negar con la cabeza, perdiendo así mi oportunidad de resolver muchas dudas.

Conrad se toma otra vez un segundo para observarme y finalmente asiente, ladeando la cabeza y perdiendo la vista en los enormes ventanales.

—No hablas mucho, ¿verdad? —El sonido vuelve, y con él su mirada, mientras dejo escapar, tranquilizándome, un largo suspiro—. Mejor —sentencia, y no hay burla; hay algo más profundo, como si de verdad le aliviara el hecho de mantenerme al margen de su propia vida.

Conrad se levanta, cogiéndome por sorpresa.

—Tenemos que marcharnos ya. Nos casaremos a la una en los juzgados —me informa. Parece ser que, fuera yo o cualquier otra, tenía clarísimo que hoy pondría fin a su soltería—. Saldremos hacia Carolina en cuanto terminemos.

¿Qué? ¡No! Necesito más tiempo. Tengo que llamar a Ophelia, a Ted... ¡Tengo que decidir si quiero hacer todo esto!

—Conrad —lo llamo.

Él levanta la mirada y vuelve a atrapar la mía. Si no fuera tan frío e intimidante, me resultaría muy guapo.

—Creo que no podré tenerlo todo listo con tan poco tiempo. Es un poco precipitado —trato de hacerle entender, aunque, por otra parte, resulta más que obvio.

—Ninguno de los dos necesita que este matrimonio sea para siempre —replica—. Pasaremos por tu apartamento después del juzgado. Sólo tendrás que hacer una maleta con lo imprescindible para tres meses.

Nuestra fecha de caducidad llega después del verano.

Quiero protestar, pero lo cierto es que no sé qué argumentar más allá de que preciso más tiempo.

—Me gustaría poder avisar a Ted y a Ophelia... y también a mi padrastro.

—Padrastro —repite—, eso suena a la Cenicienta. Parece que al final me he quedado con la princesita del cuento.

El inicio de una media sonrisa se cuele en sus labios. No es más que el amago de un gesto, pero, con él, parece mandarle al universo el mensaje de que, si quieren verlo sonreír de verdad, tendrán que ganárselo.

Me hago consciente del tono burlón de esa frase, de todo lo que quiere decir con ella en realidad. No me gusta.

—No soy ninguna niña de papá, mimada y caprichosa.

Conrad me mantiene la mirada. No hay el más mínimo indicio de arrepentimiento en ella.

—Necesito saber una cosa —suelto, obligándome a ignorar lo que ha dicho, cómo me ha mirado o el «lo siento» que no ha pronunciado. También rezo para que los audífonos no me fallen, o tendré que acabar escribiendo esta pregunta en la pizarra de los postres de la cafetería para saber la respuesta—:

¿Yo... bueno, nosotros...? —La verdad es que ni siquiera sé cómo continuar.

—¿A qué te refieres? —inquire.

No sé por qué, tengo la sensación de que entiende perfectamente lo que intento decir, pero quiere saber si soy capaz de pronunciarlo en voz alta.

Esa idea también me molesta. Resoplo y me obligo a cuadrar los hombros, a reunir valor.

—Lo que trato de decir es que vamos a casarnos y a vivir en la misma casa durante un tiempo, y me gustaría saber si esperas que tú y yo tengamos... relaciones.

—¿Eso sería un problema?

Otra vez su voz, su mirada.

Abro la boca dispuesta a responder que sí, que sería un problema, pero Conrad me interrumpe dando un paso hacia delante. Apoya las dos palmas de las manos sobre la mesa y se inclina hacia mí. Sus ojos están muy cerca de los míos y el verde vuelve a transformarse en acero.

—No tengo el más mínimo interés —sentencia como un auténtico perdonavidas.

No ha habido un solo gramo de duda en él.

Se incorpora y se aleja lo suficiente como para romper el hechizo entre los dos.

En ese momento me doy cuenta de que, independientemente de que acepte o no, no puedo dejar que dé por terminada la situación como si fuera el lobo perdonándole la vida al pobre corderito.

—La verdad es que sí sería un problema —me obligo a replicar, a la vez que me levanto de un salto.

La silla se desliza por el impoluto suelo de losas blancas, convirtiéndome involuntariamente en el centro de atención de la mitad de las mesas. Intento agarrarla, pero, al volverme, sólo consigo dejarla caer de la manera más torpe, logrando que ahora todas las personas del local me observen. La sensación me sobrepasa. Me asusta que reparen en mí. Me asusta hacerme notar.

Recojo la silla deprisa y tomo aire justo antes de llevar de nuevo mi vista hasta Conrad, que me observa con el ceño frun-

cido casi imperceptiblemente, imagino que preguntándose con qué clase de patosa está a punto de casarse, pero le mantengo la mirada, obviando el ridículo.

—Entonces no necesitamos seguir hablando de ello —zanja el asunto.

Sin esperar respuesta, echa a andar mientras me quedo un instante en la cafetería sin saber qué hacer y, aunque jamás lo reconocería, también tratando de recuperar el aliento. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre voy a tener la sensación de que me enfrento a un titán que, en el fondo, está a millas de mí?

Finalmente comienzo a caminar. Al salir de la sala, no puedo evitar hacerme plenamente consciente de él, de dónde está... esperando el ascensor. Tiene la mano apoyada en la pared y su brazo se tensa, soportando el peso de su cuerpo. Lleva una camisa blanca de lo más común y unos simples vaqueros oscuros y, sin embargo, irradia algo diferente, más indomable, más salvaje.

En ese preciso segundo ladea la cabeza, como ha hecho antes en la mesa, y su mirada se encuentra con la mía. Un animal de mal trato. No hay nada que lo defina mejor.

—¿Ya te has decidido, princesita? —me desafía.

No lo sé. Lo observo, sopesando a toda velocidad si esto es buena idea, si de verdad no hay otra solución, si puedo confiar en él. No sé confiar en las personas. Ted y Ophelia sólo son la excepción que confirma la regla y me llevó mucho tiempo que fuera así.

Las puertas del ascensor se abren. Sé por qué hago esto. Son las condiciones de Louis y tengo que cumplirlas, porque nada del mundo podría hacerme olvidar mi objetivo. Suelto todo el aire de mis pulmones. Sólo quiero una pista, por insignificante que sea, que me indique que no estoy cometiendo el mayor error de mi vida casándome con Conrad Sullivan.

Un segundo, dos, tres... nada. Nada va a iluminarse en el techo y ni Dios ni Buda ni Thor van a aparecérseme para decirme que hago bien. Tengo que ser valiente, no me queda otra, el problema es que creo que no sé cómo.

Conrad no se mueve ni un centímetro y, al pasar junto a él, otra vez nuestras miradas se unen, otra vez sólo un segundo,

pero de nuevo es tiempo suficiente como para plantearme un millón de preguntas.

Entra tras de mí, avanza hasta el fondo y se deja caer contra la pared del cubículo vacío, agarrando la barra de metal que lo rodea a media altura. Decido quedarme justo en el centro, con la vista clavada en la diminuta pantalla situada sobre la puerta que marca cómo vamos bajando planta a planta. De golpe, la pequeña estancia parece serlo todavía más y su olor, una mezcla de limpio y fresco, me sacude. Huele como un hombre de verdad, sin ningún perfume, sin aditivos.

Conrad Sullivan avanza un paso y se detiene a mi espalda. Mi cuerpo se tensa sin saber cómo ni por qué.

—Princesita —susurra con su aliento calentando mi mejilla; estoy más nerviosa y tampoco sé por qué—, sal, ahora.

Alzo la mirada y mi embotado cerebro comprende que las puertas se han abierto y ya estamos en el vestíbulo.

Ningún hombre, nunca, me había hablado de esa forma.

Cruzamos en silencio la planta baja del Hospital Presbiteriano y salimos por la puerta de urgencias. Camino a su lado, luchando por mantener su paso de largas zancadas. Estoy a punto de empezar a correr para igualar su ritmo cuando respiro aliviada al verlo detenerse frente a una *pickup* negra. Aunque está en muy buenas condiciones, el polvo y el hecho de que ponga CHEVROLET sobre el capó, en lugar de únicamente la insignia, señalan que hace mucho que salió del concesionario.

Abre la puerta del copiloto y otra vez tardo un par de segundos en darme cuenta de que lo está haciendo para que me monte. Frunzo el ceño. Me sorprende que sea tan frío y al mismo tiempo tenga esos modales. Es obvio que no es algo ensayado, ni tampoco fingido, sino más bien la clase de cosas que te inculcan desde niño.

Avanzamos por Nueva York en el mismo silencio en el que lo hemos hecho por el hospital. No me siento incómoda con el silencio, pero sí con la situación. Me vuelvo despacio y aprovecho para observarlo un poco más. Está concentrado en la calzada, agarrando el volante con una mano mientras la otra descansa sobre su muslo. Parece tranquilo, una de esas personas que lo tienen todo bajo control. Me fijo un poco más y una

pequeña cicatriz que le corta la ceja derecha llama inmediatamente mi atención. ¿De qué será? Quizá se cayó de pequeño. Tal vez se la hiciera jugando al fútbol, Ted ha dicho que le gustaba.

—¿Qué? —pregunta, sacándome de mi ensoñación.

—Nada —respondo rápidamente, apartando la vista y centrándola en el endiablado tráfico que nos envuelve en la Séptima.

Conrad gira por la 15 Este y, tras avanzar un par de metros, aparca. Me bajo del vehículo y he de reconocer que los nervios se vuelven un poco más... vertiginosos al ver el imponente edificio del juzgado civil.

—Había pensado que —empiezo a explicarme, rodeando la *pickup* y llegando hasta él, deteniéndome a unos pasos—, como has dicho que no teníamos cita en el juzgado hasta la una, podría ir a casa a cambiarme de ropa. Vivo en Bowery. No está muy lejos de aquí.

Necesito estar unos segundos con Ophelia o, al menos, lejos de él. Tengo que respirar hondo y reflexionar.

Cierra la puerta de la camioneta y se aleja de ella y de mí.

—No tenemos tiempo —responde sin ni siquiera mirarme, caminando hacia los juzgados.

—Sólo será media hora, como mucho. —Lo sigo, tratando de convencerlo—. No quiero casarme en vaqueros.

Sé que no es un matrimonio de verdad, pero no quiero presentarme al enlace de cualquier manera. El juzgado para bodas civiles de Nueva York es muy especial. Las personas que celebran su matrimonio allí lo hacen con trajes de novia e incluso con damas de honor. No he mentado cuando he dicho que vivía muy cerca, lo veo prácticamente a diario.

—No tiene importancia —sentencia, pero no está tratando de consolarme, más bien está siendo condescendiente; arrogantemente condescendiente, para ser exactos.

Una ráfaga de brisa fresca cruza la calle y lo agradezco. Estamos a principios de junio y el calor comienza a ser asfixiante.

Pruebo un cambio de estrategia.

—Se supone que debemos fingir que este matrimonio es real. ¿Qué clase de novia se casaría en vaqueros y camiseta?

—No lo sé —contesta, deteniéndose y girándose al fin—.

¿Una que no tiene mucho tiempo para pensarlo por si pierde la oportunidad?

¡No me puedo creer que haya soltado eso!

Lo contemplo, tratando de averiguar si iba en serio o sólo se estaba riendo de mí, pero Conrad no hace ningún gesto, manteniéndose imperturbable.

—No te estoy pidiendo permiso —replico.

—Genial, porque no te lo estaba dando.

Abro la boca, indignada, pero la verdad es que no sé qué replicar. No me gustan las confrontaciones. No se me dan bien. Él sigue observándome con esa misma actitud seria, pero también presuntuosa, incluso hasta cierto punto descarada... como si quisiese decirme sin palabras: «Éste soy yo, princesita, y no te interesa desafiarme». Una lucecita dentro de mí se enciende, puede que una voz interior, no tengo ni la más remota idea, pero trago saliva y me mantengo en mis trece. Puede que vayamos a ser marido y mujer, pero no estamos en 1950.

—Aún no estamos casados —protesto— y, aunque lo estuviésemos —me corrijo rápidamente—, no necesito tu permiso.

—Pues, para no necesitar mi permiso, se te da muy bien pedirlo.

Ya no me quedan dudas. Se está riendo de mí. Una dignidad que nunca había sentido antes bulle dentro de mí como si mi cuerpo fuese una olla a presión.

—Me voy a mi apartamento —le anuncio y, sin dudarlo, giro sobre mis talones, dispuesta a cruzar la 15 Éste.

—De eso nada.

Esas tres palabras, pero, sobre todo, cómo las ha pronunciado, vuelven a detenerme.

—Creo que deberías empezar a entender cómo funcionan las cosas —me advierte. Su voz se agrava un poco más—. No voy a discutir contigo cada decisión que tome para que te sientas mejor. Puedes aceptarlas por las buenas o por las malas, no me importa lo más mínimo. Si quieres cambiarte de ropa, tendrás que hacerlo en el juzgado y, si no, siempre puedes darte media vuelta y marcharte.

Otra vez me resulta intimidante, pero no dejo que lo vea. Creo que ha sido ese mismo algo de mi interior, que también

me advierte de que no puedo dejarle tan claro cómo me afecta.

—Tú también necesitas casarte —lo reto, sin volverme.

—Sí —replica, caminando con lentitud, arrogancia y desgana los pasos que nos separan y deteniéndose de nuevo a mi espalda, exactamente como ocurrió en el ascensor—, pero tengo la sensación de que no soy el que más lo necesita de los dos.

La personalidad de Conrad Sullivan vuelve a dibujarse en mi cabeza. Es arrogante, difícil, distante... y tiene clarísimo cómo utilizar la situación a su favor, y ninguna de esas cualidades es una buena noticia para mí.

Como si el desafío tácito siguiese en pie, no levanta sus ojos de mí hasta que me vuelvo y doy el primer paso en su dirección. Entonces, se da la vuelta y camina de nuevo hacia los juzgados.

Ya a la misma altura, sólo a un puñado de metros de la entrada principal, saco mi móvil y marco el número de Ophelia sin dejar de avanzar.

—¿Cómo va todo, Gracie?

—Necesito que me traigas un vestido y unos zapatos al juzgado, y date prisa, por favor —murmuro.

Conrad me observa de reojo y sus labios, durante un mísero microsegundo, se curvan hacia arriba. Cabeceo y me obligo a apartar la mirada de él. Estoy demasiado enfadada.

Me extraña que Ophelia no se sorprenda y acaba confesándome que Ted la ha llamado quince minutos antes para explicárselo todo.

—¿Y cómo es? —me pregunta mi amiga mientras cuelga un portatrajes de una de las puertas de los servicios.

Hemos tenido que aguardar a que el baño de la primera planta, donde está el registro civil, se quedara vacío y hemos echado oportunamente el pestillo. Espero que la gente piense que está cerrado por limpieza.

—No lo sé —me sincero, encogiéndome de hombros. La primera palabra que me viene a la mente, de nuevo, es *difícil*—. Es... muy frío e intimidante.

Ophelia, que no ha dejado de prestarme un solo segundo



de atención, suelta un silbido en clara traducción irónica de «a eso se le llama tener suerte, Gracie Turner» y se gira para abrir la funda. En cuanto empieza a bajar la cremallera, distingo el vestido y suelto un lastimero gimoteo.

—¿Blanco? —me quejo—. ¿En serio tenías que elegir un vestido blanco?

—Vas a casarte —se excusa como si fuera obvio, y, en circunstancias normales, lo sería, pero es que éstas no son circunstancias normales, no es un matrimonio de verdad—. Además, como es mío —continúa a la vez que saca la prenda y me la tiende—, también es tu «algo prestado».

Pongo los ojos en blanco y cojo el vestido, claudicando. Sé que luchar con la señorita Ophelia O'Connell en este tipo de situaciones es una batalla completamente perdida.

Entro en uno de los aseos individuales, cierro la puerta y comienzo a cambiarme.

—¿Es guapo? —inquire desde el otro lado.

Lo pienso un instante, aunque, siendo justos, no debería. Es objetivamente muy guapo y también muy atractivo. El problema es que se muestra tan distante que no te permite fijarte en él de esa manera.

—Supongo que sí.

—¿Sólo lo supones?

Contemplo el vestido. Es inmaculadamente blanco, ni siquiera *champagne* o beige.

—¿De verdad no has traído nada más? —vuelvo a gimotear—. Es demasiado blanco. Entre eso y que me caso sin amor y en un matrimonio concertado, parece que acabo de escaparme de un libro de las hermanas Austen.

—Eso espero —replica, en absoluto arrepentida—. Así sabremos que tendrás un matrimonio de lo más movidito.

No la veo, pero apuesto a que ha movido las caderas cuando ha dicho la última palabra.

Abro la puerta y le dedico un mohín. Sin embargo, no surte el más mínimo efecto, ya que, al verme con el vestido, Ophelia da unas palmaditas de pura felicidad y tira de mí para que vaya hasta el espejo.

—Ponte estas bailarinas —me pide, sacando una caja de

una de las bolsas situadas sobre la encimera del lavabo y, de ella, unos bonitos zapatos planos blancos—. No pensarás que te iba a dejar casar en Converse —concluye, tendiéndomelos.

Obedezco y su sonrisa se ensancha.

—Estás guapísima sin los vaqueros. Es más, creo que es una señal del destino para que dejes de usarlos.

Finjo no oírla. Es su cantinela de siempre, pero me gusta ir en vaqueros y zapatillas deportivas. Es así como estoy cómoda, paso desapercibida y, si Nueva York volviese a verse sumida en una de las *Jungla de cristal*, yo podría ayudar a Bruce Willis a salvar la ciudad de los malos, mientras que Ophelia, con sus vestidos y sus sandalias de tacón alto a lo Sofía Vergara, sólo podría lamentarse y esperar a ser rescatada. Soy una heroína en potencia.

—Ahora vamos a maquillarte —me informa.

Me acerca a la ventana y, durante diez minutos, me pinta con detenimiento los ojos y los labios, y luego me espolvorea la cara, aunque promete que sin cubrirme las pecas. Yo le insisto en que quiero algo natural y suave, sobre todo al ver un pintalabios rojo pasión en el neceser, pero mi queridísima amiga me manda callar las tres primeras veces; a la cuarta, me hace una pedorreta y, a la quinta, me amenaza con meterme el lápiz del rímel directamente en el ojo.

Cuando termina, me da una pequeña pulserita, el «algo azul», y, como «algo viejo», le explico que puedo llevar mi pequeño colgante. Es muy sencillo, de plata, con un pequeño brillante de bisutería en forma de corazón. Me lo regaló mi padre cuando tenía seis años y no podría alegrarme más de haberme lo puesto esta mañana.

—Pues ya estás lista —anuncia, extendiendo la mano para que me aleje de la ventana y me acerque al espejo.

Al ver el resultado, sonrío nerviosa y casi al mismo tiempo me muerdo el labio inferior. Aunque haya protestado, el vestido es precioso, de media manga y por encima de las rodillas, con el cuello de barco y lleno de flores también blancas de un suave encaje. La verdad es que no sé cómo me siento ahora mismo. Por un lado, estoy un poco avergonzada, como si me sacaran de mi zona de confort, pero, por otro, me veo guapa, incluso un poco atractiva, y eso no pasa muy a menudo.